

GUAYABERA MIA...

POR OSVALDO VALDES DE LA PAZ

EL «Lyceum», la prestigiosa asociación femenina, ha hecho desfilar por su tribuna, oradores fervorosos y cultos que han disertado sobre «el guayaberismo». No confundamos el «guayabo» con la guayabera. El primero calienta a azotes (castigo para los truhanes públicos y privados) y la segunda refresca, es decir, deja que el aire circule por el cuerpo humano en estos meses caniculares.

La cuestión que se ha planteado es la del «uso y abuso de la guayabera». Rafael Suárez Solís, con la elegancia que le es habitual, habló una hora del calor, del sudor, de la guayabera, de los cuellos masculinos al aire, de los saraos sin solemnidad, de las fiestas sin corbatas, etc. Donosamente, el distinguido escritor y conferenciante llegó a la conclusión

de que la guayabera está bien; pero hay que sustituirla para los actos formales, por el ya casi olvidado traje blanco de dril 100, la «majagua» de «frescolana», o por lo menos por el grisáceo «palm beach».

Nosotros recordamos que hace muchos años propusimos a los empleados del ministerio de Agricultura, concurrir a las labores, en verano, usando guayaberas. Solamente respondieron al reclamo cinco o seis de quinientos burócratas. Tenían pudor de aparecer en sus respectivas oficinas sin el saco; y eso que, por tratarse de un departamento dedicado a los asuntos del campesinado, parecía oportuno rendirles homenaje a los guajiros, usando su traje típico. Pero ni por ésas. La gente no quiso simplificar la indumentaria.

Después los industriales transformaron la guayabera, y la convirtieron en guayabana. Desaparecieron los cuellos duros, las alforzas armoniosas, los bolsillos simétricos y el color «crudo». La prenda fue fabricada en serie. Escasó el trabajo para aquellas costureras «de buen ojo», que sin tomar medidas, mirando al cliente unos segundos, le fabricaban la guayabera exacta al cuerpo.

La transformación se hizo pintoresca. El «pepillismo» fue excitado con los colores escandalosos: los azules, los naranjas, los verdes, los amarillos. Todos rabiosos, detonantes bajo el sol. Los mozos aparecían y aparecen como los helados llamados «napolitanos», con cuatro o cinco colores en la indumentaria: zapatos amarillos, medias grises, pantalones verdes y guayabanas azules o rojas... Claro que el «pepillismo» no lo practican solamente los jovencitos; hay por ahí cada cincuentón «apepillado» con la indumentaria de verano, que produce peor efecto que el mismo calor de 38 grados a la sombra... Los que defienden esta pintoricidad, este juego de colores, dicen que el arco tiene siete colores y es hermoso.

Dentro de lo pintoresco del verano, ha venido a la Habana, vía Miami, la tela estampada, tanto para mujeres como para hombres. Se trata de algo epatante: impresiones a varios colores de nombres, ciudades, animales y objetos diversos. Pero sobre todo letreros y frases. Ante esos géneros impresos, cualquier día un industrial avisado, imprime un periódico en tela, que puede servir de traje diario del suscriptor. Y entonces aparecerá una nueva modalidad «de hacer títulos», pues los encargados de esta faena, al combinarlos, tendrán que considerar el sensacionalismo de la noticia, en relación con el sitio sensacional del cuerpo de la dama en que ha de quedar situado el cintillo a ocho columnas, y aun el de dos columnas...

Ahora bien: reconozcamos que la indumentaria actual de verano para los hombres ha venido a resolver un serio problema. Los días en que nos vemos precisados a la camisa, la corbata y el saco, la tragedia es terrible; los poros se hacen manantiales de sudor; la angustia del calor produce mareos; y se piensa en el nudismo con delectación infinita...

Hay otro problema: el costo del lavado. A pleno sudor, prepararse para una fiesta significa invertir una seria suma: dos pesos del traje, treinta centavos de la camisa; sesenta centavos la pareja de prendas interiores, quince centavos las medias y treinta centavos de la limpieza de los zapatos de dos colores... Una sola postura por breve tiempo: \$3.35. A esto agréguese que hay que tener cantidad de prendas de vestir, para que al ritmo semanal de los lavaderos, se pueda tener ropa disponible todos los días después del baño. Imagínese la tragedia de los empleados y de la clase media en general, ganando sueldos de cien pesos mensuales y teniendo que invertir tres pesos por día para el lavado de una indumentaria completa.

Nuestros abuelos recuerdan con ceño fruncido, ante el desfile de sus hijos y nietos vistiendo la guayabera o la guayabana, aquellos tiempos viejos en que el calor cubano era el mismo y, sin embargo, los hombres vestían de saco de alpaca y pantalón blanco, generalmente con chaleco de piqué; y en los actos más solemnes se enfundaban en los chaqués pingüescos, con sus colas amplias y largas y el remate de los cuellos duros y la corbata de color perla. El lamento es injusto. Han olvidado los galanes de 1,900 que la libertad ha transformado las costumbres y que lo mismo que la República rompió las cadenas coloniales, las ideas rompieron muchos prejuicios, y no hay que negar que grilletes de esclavitud eran y son en Cuba los cuellos duros y los sacos negros, amén de los sombreros. «Zafadme el cuello duro y bendeciré a La Bastilla», ha dicho por ahí algún filósofo...



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

2

Ya por la «Acera del Louvre» no se ven los apuestos Don Juanes criollos con sus fluses blancos de dril 100. Ahora desfilan los mozos en tarea de conquista, con guayaberas o guayabanas, con los gruesos cuellos descubiertos, donde se ve subir y bajar «la nuez» para dar paso al trago frecuente. Y cuando alguien se atreve a formular un comentario evocador de los «viejos tiempos», se recuerda que, entonces, no existía en frente, en el Parque Central, la estatua del Apóstol. Y añaden: «porque nuestra guayabera será poco solemne y acaso hasta irreverente, pero es «nuestro duelo al sol».

Sugerimos al «Lyceum» que amplíe su curso de «guayaberismo», convocando a los poetas para que le canten, según el calor de sus respectivas inspiraciones, a la guayabera, el flus de dril 100 y los sacos de alpaca negra. Así podríamos leer un poema vanguardista por el estilo:

«¡Guayabera mía!—;Liberaste a mi cuello—del asesino cuello!—; Bendita seas!»

Y algún imitador del gran Guillén, poemizará:

«Saco de alpaca negra! ;Canto a tu muerte más negra! Te fuiste sin ritmo de son; sin ondular de palmera; vencido por el sol. Si volvieras, te haría colgar de una estrella.»

Y el que quiera cantar al flus blanco de «Dril Cien», tendrá que aumentar el nombre del criollo traje, denominándolo de acuerdo con las finanzas actuales: «Dril 100... pesos».

Paris, Aug 14/48